

Psicología de los amargados

Por ENRIQUE GUARNER

SE dice que una sustancia es amarga al resultar desagradable, áspera o desapacible al sentido del gusto. Los ejemplos sobran y nombraremos entre ellos a la quinina, el ajeno, el vermut o los purgantes. En general reservamos el término amargura como una forma de respuesta ante las situaciones difíciles de soportar, admitir o aceptar cuando objetivamente sufrimos un revés. Entonces utilizamos expresiones como una "lección amarga" o bien "palabras amargas", corroborando las situaciones dolorosas con las que nos confrontamos. Habitualmente ellas se presentan en intervalos cortos, después de los cuales nos reponemos retornando al estado de ánimo normal desapareciendo de la mente.

Sin embargo, también existen personas en las que la amargura se transforma en un modo de ser abarcando la totalidad de su carácter. Siempre se trata de sujetos cáusticos, hoscos e impenetrables a los que nada les parece agradable o satisfactorio. Son pesimistas por excelencia y aún hallándose en las circunstancias más favorables encontrarán defectos e imperfecciones.

A lo largo de la vida la labor del amargado no consiste en otra cosa que la destrucción del prestigio de las personas y objetos que le rodean. Para lograrlo se valen de quejas que repiten de manera estereotipada o valiéndose del sarcasmo y la ironía para reducir a los que se encumbran. Su máxima es nunca olvidar o perdonar a quienes suponen que los agravaron y el paso del tiempo no cambia su percepción sobre algún abuso del que dicen haber sido víctimas treinta años atrás, el cual repiten a sus interlocutores como si hubiera sucedido ayer. Los amargados no se dan cuenta de su actitud agresiva o de que se equivocaron y gastan toda su energía para encontrar lo criticable de los demás. También aprovechan las vicisitudes que la vida ofrece para probar su punto de vista parcial. A pesar de que todas estas ideas se repiten con frecuencia, el amargado casi nunca llega al delirio porque es ambivalente, sabiendo que las acusaciones que lanza resultan infundadas. En su disposición no existe la posibilidad de liquidar las vivencias porque se buscan situaciones que se vuelvan sintónicas con el YO para justificar el malestar y hundirse cada vez más en los desencuentros. En contraste con el amargado, la persona que no lo es puede maldecir y odiar a los que considera sus enemigos y amar a los que le otorgan afecto estableciendo buenas relaciones de objeto. Es decir, que quien sufre de amargura nunca elimina interiormente los acontecimientos desagradables buscándolos sin cesar porque siempre habrá una discrepancia entre los fines que soñaron en su infancia y la realidad que viven en la edad adulta, lo que disminuye sus esperanzas provocando un estado de ánimo sombrío.

Para estas personas la existencia se

convierte en una carga llena de sensaciones desagradables y obstáculos insuperables, por lo que frecuentemente se retiran a su soledad afirmando que "el mundo se ha vuelto demasiado repugnante para ellos".

A pesar de la intensa melancolía que los envuelve, los amargados raramente se suicidan, porque suelen vivir una situación depresiva endógena que apoyan en la realidad de "lo gris de la existencia", aspecto que favorecen las rivalidades o la falta general de reconocimiento por parte de los demás.

Casi todas las personas que sufren de amargura padecen alteraciones hipocóndriacas, descubriendo ante el menor síntoma que tienen una enfermedad incurable que indefectiblemente los llevará a la muerte. Sus temores pueden derivarse de alguna conversación o lectura sin importancia, provocando una fijación intensificada en un órgano que se descompone sugestivamente produciendo un cuadro psicossomático permanente.

La viscera cardíaca suele transformarse en el centro del choque y cuando se siente una palpitación o taquicardia, el individuo puede hasta sentirse justificado para explicar sus vagos malestares. Es por ello que muchos amargados se toman disimuladamente el pulso en cualquier reunión, en el cinematógrafo o recostado en la almohada antes de conciliar el sueño.

El menor estreñimiento es considerado como el síntoma indiscutible de una obstrucción intestinal y un ligero dolor lumbar despierta el temor de una grave nefropatía. Un tropiezo en la marcha se transforma en tumor cerebral.

La angustia no sólo acompaña a estas alarmas patológicas sino que se une a una actitud de espera del sujeto amargado que no es capaz de aguardar con tranquilidad los acontecimientos venideros, aún aquellos en los que recibe elogio su talento, porque una vez que finaliza el acto en el que se les lisonjea vuelven a asaltarlos las preocupaciones.

Este sentimiento de insuficiencia para vivir hace que emanen toda clase de anomalías dentro de la vida afectiva. La persona amargada nunca puede amar y las relaciones sexuales quedan convertidas en simples triunfos narcisistas en las que nunca se busca la satisfacción de la persona que está con uno. La ejecución del acto sexual puede también hallarse impedida por la eyaculación precoz o prematura, debida a la aceleración que la misma ansiedad provoca en la erección. Por todo lo anterior muchos amargados se refugian en la masturbación o en una falsa vida espiritual que no produce el menor placer.

Los mecanismos de defensa a los que suele acudir el amargado son el sadismo y la ironía, mediante el primero se flagela o maltrata a los demás disminuyéndoles cualquier mérito; en tanto que con el segundo se utiliza la inteligencia contradiciendo los valores existentes. Sin embargo, en todas estas personas nunca podemos descartar el

terrible grado que quiere su masoquismo, obteniendo placer en el sufrimiento o ser víctimas de los demás.

Una forma particular en la que brota la amargura es en la que los anglosajones denominan posición "cantankerous", donde se percibe una actitud querulante, impertinente, contenciosa en la que predomina el mal humor. Este cuadro clínico resulta frecuente en los ancianos, o en ciertos padecimientos hormonales como el hipertiroidismo. Recuerdo que se utilizó este término cuando el presidente George Bush sufrió un desmayo y fue internado en el hospital Walter Reed a consecuencia de un exceso de tiroxina en el torrente sanguíneo.

Origen de la amargura.

La palabra temperamento se reserva hacia un tipo constante de respuesta emocional. La clasificación más antigua que se conoce fue la establecida por la Escuela de Medicina fundada hace 3000 años por Hipócrates y se basaba en las proporciones en que predominaban los humores en el cuerpo. Estos líquidos eran: la sangre, la flema y las bilis negra y amarilla. Las personas pertenecientes al temperamento sanguíneo son aquellas que reaccionan con mayor placer a los aspectos placenteros, pero cambian fácilmente sus afectos careciendo de fijación continua e interesándose por una cosa u otra.

Los flemáticos suelen ser pensantes, calmados y fuertes pero lentos y se muestran faltos de vivacidad. Los melancólicos llegan fácilmente a la tristeza sintiendo culpa. Por último los coléricos tienen predisposición a la rabia y el odio. La amargura se derivaría de este temperamento reflejando una desesperación con encono frente a las frustraciones que ocasiona el vivir.

Para los griegos sería el exceso de la bilis amarilla la que condiciona este temperamento y debo recordar a los lectores que esta sustancia es el resultado de la desasimilación por la glándula hepática de las partículas alimenticias. Como es sabido este humor posee un color pardo intenso, olor especial y fuertísimo sabor amargo, por lo que los griegos acertaron en cuanto a sus características.

Como consecuencia de lo anterior podemos retroceder al primer estado del desarrollo recordando que la sensación desagradable inicial que experimenta el niño es cuando en la lactancia percibe el gusto agrio o amargo de la leche al ponerse en contacto con el pecho materno. La cualidad de esta experiencia ocasiona un conflicto al principio de la vida haciéndole pensar que cualquier alimento que ingiera le ocasionará cólicos, indigestión y vómito. Esta etapa del desarrollo será el comienzo de una larga cadena de frustraciones y derrotas, ante las cuales protestará con odio hacia los objetos del mundo.

A partir de una cierta edad el YO se volverá sintónico con una manera constante de reaccionar justificando los desencuentros y fracasos para atacar a los demás mortales.